

Las plantaciones forestales vistas desde el Norte y desde el Sur

Ricardo Carrere*

Movimiento Mundial por los Bosques (WRM), Uruguay

Antes de comenzar, quisiera hacer dos aclaraciones con respecto al título con que la presentación aparece en el programa. En la versión en inglés se habla de *forest farming* y éste es un error muy importante.



Forest significa bosque y las plantaciones a las que me voy a referir no son bosques, sino monocultivos forestales a gran escala. De todas las definiciones o conceptos que se han vertido sobre este tipo de plantaciones forestales, quiero destacar dos que me parecen quizás los más apropiados; uno de ellos fue acuñado por una gran pensadora de la India, Vandana Shiva, que se refiere a este tipo de plantaciones, como enmarcados en lo que ella denomina «monocultivos de la mente». Esta expresión me parece magnífica y ella la ubica además en el contexto de la Revolución Verde aplicada al área forestal. La segunda definición conceptual que me parece muy adecuada, la escuché hace dos semanas en el estado de Espíritu Santo en Brasil, de parte de un indígena Tupiniquim que habita en una zona en la que se han plantado cientos de miles de hectáreas de eucaliptos. Esta persona las definía como «florestas mortas, que matan tudo» (bosques muertos que matan todo); efectivamente, ésta es quizá la forma más apropiada de ver estas plantaciones.

El título de la presentación también dice «vistas desde el Norte y desde el Sur» y esto requiere de una segunda aclaración. En realidad, se trata de que sean vistas desde quienes las sufren y desde

quienes se benefician. Como la mayoría de este tipo de plantaciones —los grandes monocultivos forestales— se implantan en el Sur, resulta por tanto más fácil comprenderlas por quienes las sufren, que son fundamentalmente quienes están en el Sur y más difícil para quienes están más alejados de estas plantaciones, fundamentalmente en el Norte. Sin embargo, en el Norte hay dos ejemplos muy concretos, que ya las sufrieron, ya se opusieron, ya han luchado con gran éxito contra ellas: España y Portugal. En ambos países se han implementado grandes plantaciones —en particular de eucalipto— que son actualmente odiadas y están prácticamente prohibidas en España. En Portugal, las empresas plantadoras han llegado hasta a verse obligadas a ser acompañadas por el ejército para poder hacer su trabajo, porque la

* WRM - Maldonado 1858 CP 11200 - Montevideo - Telefax: 598 2 408 0762 - Correo electrónico: rcarrere@chasque.apc.org.

oposición de los campesinos es enorme. Pero tampoco es siempre fácil ver el problema ni siquiera en el Sur, porque en el Sur también están quienes viven al lado de las plantaciones y quienes están alejados de las mismas y quienes se benefician y quienes las sufren. Casi toda la gente entiende a esta altura, que el tema de la deforestación es un tema grave, entiende fácilmente cuando se hacen campañas en contra de la explotación maderera de los bosques, sobre todo la más destructiva. Sin embargo, resulta menos fácil entender para mucha gente en el propio Sur, de por qué surge esta resistencia con respecto a las plantaciones. Al principio parece algo bueno, sobre todo cuando se nos dice que estamos «plantando bosques» y cuando eso se nos dice en el marco de un proceso de deforestación terrible en la mayor parte de los países del sur. Entonces la actividad de «plantar bosques» parece ser algo positivo. Precisamente por eso nos parece tan importante, aclarar que no son bosques, sino que son plantaciones.

Y sin embargo, pese a esta dificultad de entender el problema, la resistencia no solamente existe sino que crece incesantemente y cuando más se planta, más crece. Inicialmente, las primeras luchas contra este modelo forestal a gran escala, se dieron en la India en la década de los ochenta y luego se dieron obviamente en aquellos países en donde se estaban implantando a mayor ritmo. Hubieron grandes luchas en Tailandia, en Malasia (en particular en Sarawak), en España y más recientemente, a medida que se han ido trasladando hacia otros continentes, han surgido numerosos movimientos de resistencia contra las mismas. En Chile en este momento hay una enorme lucha del pueblo Mapuche en contra de estas plantaciones; en Colombia y Venezuela, en las áreas ocupadas por la empresa irlandesa, Smurfit Cartón; en Costa Rica contra Ston Forestal; en Uruguay en este momento contra la empresa española ENCE, en Brasil, en Sudáfrica, en Indonesia, en México y en muchos otros países. A medida que estas plantaciones empiezan a llegar, empiezan a encontrar un creciente movimiento de resistencia. Es importante señalar que en todos los casos, la resistencia no es en contra de la plantación de árboles, que la gente no está contra la plantación de árboles, sino contra un modelo, contra un tipo específico de plantaciones, que son lo que nosotros llamamos monocultivos forestales de rápido crecimiento a gran escala. Es igualmente importante señalar que el problema no es el eucalipto, que no es una lucha contra el eucalipto; el problema es el mismo con el pino, el mismo con la melina y pienso que sería el mismo con cualquier especie —incluso nativa— implantada a gran escala, de rápido crecimiento, y como monocultivos industriales de árboles.

Este modelo tiene varios objetivos, pero el principal es el de obtener grandes volúmenes de madera homogénea y barata, fundamentalmente para la producción de papel y también para la producción de madera. Esto se da en el marco de procesos de deforestación en los países tradicionalmente productores de determinado tipo de madera, en particular Canadá y Estados Unidos. Los grandes abastecedores de la industria del papel se están quedando sin bosques explotables, por un lado por la explotación excesiva de sus bosques y por otro lado porque hay una resistencia creciente de la población local de esos países que luchan por conservar los bosques que les están quedando. Ahora a su vez se ha publicitado también el posible efecto positivo de las plantaciones como sumideros de carbono. No voy entrar en este tema, sino simplemente señalar, que las grandes plantaciones tienen ahora como objetivos centrales no sólo la producción de madera para papel y para madera industrial, sino que también el de actuar como supuestos —muy discutibles— basureros de carbono para los países del Norte, responsables del efecto invernadero.

¿Dónde se están implantando? La lógica es muy sencilla: en aquellos países donde la mano de obra sea barata, donde la tierra sea barata, donde los controles ambientales sean reducidos y donde los árboles

crezcan rápido. Si se observa el panorama actual, se ve que la inmensa mayoría de estas plantaciones están siendo implantadas en el Sur. Las más grandes están en Chile, Brasil, Indonesia y Sudáfrica. Pero después hay manchas en todos lados: plantaciones en Bolivia, Ecuador, Colombia, Venezuela, Paraguay, Argentina, Uruguay, Congo, Swazilandia, Malasia, Tailandia, Vietnam, China... En todos lados prácticamente el mismo modelo y en todos lados se están repitiendo las mismas o similares formas de resistencia. Y esta resistencia se origina como resultado de los impactos socioambientales que generan. No se trata de resistencias inventadas por ningún ambientalista, sino resultantes de la oposición a un modelo forestal que surge en cuanto la gente local empieza a ver sus impactos. La resistencia varía de acuerdo con los impactos que tienen y como se relacionan esos impactos con los estilos y medios de vida locales. Por ejemplo, hay zonas donde hay problemas con el agua y hay zonas donde hay menos problemas; por lo tanto, en unas se despierta más resistencia por ese factor y en otras por otros. A su vez, la resistencia centra sus argumentos en aquellos impactos que localmente tienen mayor relevancia. En muchos casos, particularmente en los países asiáticos, el impacto que la gente percibe como más negativo es que este modelo se apropia de las tierras de las poblaciones que han habitado siempre en esas tierras, pero que no tienen títulos legales de tenencia, pese a pertenecerles tradicionalmente. Estas plantaciones expulsan a la gente, lo cual genera una reacción inmediata.

En muchos otros casos las plantaciones determinan procesos de deforestación. Es decir, que el bosque es cortado o quemado para dar lugar a plantaciones de monocultivos de este tipo; y en este caso también los impactos para la población local son enormes, puesto que se ve privada de todos los beneficios que obtienen del bosque que desaparece. El caso más extremo es quizá el de Indonesia, donde los gigantescos incendios de hace un par de años, fueron originados en gran medida por las grandes empresas plantadoras de eucalipto y de palma aceitera, que usaron el fuego para eliminar el bosque y hacer así más barata la plantación de estas especies. Las empresas plantadoras llegan con un mensaje de que van a posibilitar el desarrollo de la región y sobre todo que van a generar empleo. Sin embargo, esto es falso y por lo tanto, a medida que la gente aprende que no genera empleo, más resistencia opone. Pero es más grave aún, porque no solamente no genera empleo, sino que genera desempleo. Existe un estudio reciente realizado en Brasil, en el extremo sur del estado de Bahía, donde simplemente se hizo un cálculo a partir de las cifras oficiales. El estudio llegó a la conclusión de que las grandes empresas plantadoras de eucalipto habían en efecto generado 6.212 empleos en la región, pero que a su vez habían generado 15.420 desempleos a partir de toda la gente que vivía de la producción de la tierra que fue expropiada, o vendida, o robada por las empresas. Toda esa gente fue expulsada, pero muchos esperaban que iban a obtener puestos de trabajo en el desarrollo de estas plantaciones, lo que no ocurrió. Entonces resultó un balance neto negativo en materia de generación de empleos.

Normalmente, cuando se habla de impactos ambientales de las plantaciones, la tendencia —para facilitar el análisis— consiste en estudiar por separado los impactos sobre los suelos, sobre el agua, sobre la flora, sobre la fauna, sobre el paisaje y es correcto hacerlo así. Pero es importante ver que todos los impactos ambientales son al mismo tiempo impactos sociales. Por ejemplo, el tema del impacto sobre el agua, sobre el que la comunidad de ingenieros forestales sigue diciendo que es falso, que las plantaciones de este tipo no generan impactos importantes sobre el agua y terminan repitiendo «que no hay estudios científicos que comprueben la existencia de tales impactos». Sin embargo, si uno va al lugar de las plantaciones, este impacto se percibe fácilmente. Yo puedo decir que personalmente pude constatar la

desaparición del agua en una zona plantada con eucaliptos en el noreste de Tailandia. Me llevaron los campesinos y me mostraron donde había habido agua y donde ya no quedaba ni una gota de agua. Lo vi recientemente en el estado de Espírito Santo y en el extremo sur del estado de Bahía, en Brasil; donde también se ve que había cursos de agua, pero que están totalmente secos, que había lagunas que están totalmente secas, que los pozos se secaron. Lo vi también en Venezuela, en el estado de Portuguesa, cerca de las plantaciones de Smurfit. Lo acabo de ver en Uruguay en una zona plantada con 7000 hectáreas de eucalipto por la empresa Celulosa Española donde todos los campesinos se quedaron sin una gota de agua, ni siquiera para beber. La resistencia relacionada con la desaparición del agua es fortísima. Nunca he visto que una población odie tanto a un árbol —el eucalipto— como en Tailandia. La explicación es sencilla: ellos dependen del arroz para vivir y el arroz sin agua no existe. Necesitan grandes volúmenes de agua para producir arroz, pero de golpe se encuentran con que el eucalipto les consume toda el agua. Por supuesto que el culpable no es el eucalipto, sino las empresas que lo plantaron. A su vez, la desaparición del agua afecta no solamente a sus cultivos, sino que además afecta a todos los otros recursos de los que dependen para vivir. Desaparece la fauna porque no tiene agua y entonces desaparece la caza; se secan los cursos de agua y por ende desaparece la pesca; desaparecen recursos medicinales, alimenticios, recursos de todo tipo. Entonces el impacto sobre el agua genera una serie de impactos sociales fortísimos.

Los impactos sobre la flora y la fauna, también son sociales y generan desequilibrios en los ecosistemas que afectan a la producción agropecuaria. Cuando la gente que ha visto el problema dice éstos son desiertos verdes, está diciendo que no hay alimento allí para la fauna, y que ésta por lo tanto desaparece. Sin embargo, no toda la fauna desaparece y ése es muchas veces el problema. En efecto, hay algunas especies de fauna que con la ruptura del equilibrio ecológico se multiplican en forma explosiva. Sin embargo, ni la plantación de pino, ni la de eucalipto le proporcionan ningún alimento; le dan un lugar donde cobijarse, donde esconderse de sus predadores naturales. Los cultivos de los campesinos constituyen entonces el alimento de esa fauna. Todas las producciones agropecuarias de la zona empiezan a ser consumidas por esa fauna que sobrevive y que come la producción de los campesinos, por lo que afectan enormemente sus posibilidades de supervivencia. Se dan situaciones extrañas, como el desarrollo exponencial de poblaciones de zorros en Uruguay, que entre otras cosas escarban el suelo y comen maní. Es decir, que en ese «desierto verde» cierta fauna encuentra a su alrededor una alacena, donde encuentra su alimento a expensas de los cultivos de los campesinos. Y a su vez otras especies no se pueden adaptar y simplemente desaparecen. Entonces el impacto es doble: por un lado desaparecen numerosas especies de flora y fauna que constituían recursos útiles para las poblaciones locales y por otro lado las especies que se adaptan se constituyen en plagas que afectan las producciones agropecuarias. A esto se agrega además que este modelo de monocultivos a gran escala requiere abundantes dosis de agroquímicos, que a su vez contaminan los cursos de agua, envenenan el aire, generan impactos adicionales sobre las especies de flora y fauna e impactos sobre la salud de la gente. Son muchos más los impactos, pero quería señalar algunos para aclarar el tema de como impacta sobre la gente y por qué la gente por lo tanto reacciona y opone resistencia a las plantaciones.

A nivel local se dan dos situaciones en la etapa inicial de las plantaciones. Una es la resistencia inmediata, cuando el primer impacto consiste en la apropiación de la tierra por parte de las empresas plantadoras. En esos casos la población reacciona inmediatamente porque se les está privando de todos

sus medios de subsistencia, basados en el uso de la tierra y los recursos allí disponibles. Cuando la plantación no es precedida por la apropiación de la tierra, lo que se produce en general es un apoyo inicial de la población hacia las plantaciones, debido a que vienen acompañadas de todo un discurso desarrollista: que van a generar empleo, desarrollo industrial, mejoramiento de la situación económica, desarrollo de carreteras; todo un discurso que promete muchas cosas —que inicialmente la población no tiene ninguna razón para no creerlo— y entonces reciben su apoyo inicial. En el estado de Bahía, por ejemplo, diez años atrás un sacerdote, que hace años que viene trabajando en contra de este modelo, casi fue linchado por el pueblo, en una reunión donde atacó a las empresas plantadoras. La gente lo vio como una persona que estaba quitándoles las posibilidades de empleo futuro y de mejoramiento de su calidad de vida. Sin embargo, hoy en día todo el mundo habla en esa zona en contra de las plantaciones, porque la desocupación creció y las condiciones de vida de la gente empeoraron con respecto a la situación prevaleciente antes de las plantaciones. Entonces ese apoyo inicial empieza a desaparecer a los tres, cuatro, cinco años y finalmente la situación desemboca en procesos de resistencia contra las plantaciones. La resistencia adopta distintas formas según la gravedad de los impactos y según la situación en que se encuentre la gente. En muchos casos se han dado acciones directas, tales como el incendio de las plantaciones o la ocupación de predios forestados, tal como está sucediendo en este momento en el sur de Chile, donde las tierras que fueron apropiadas por empresas plantadoras hoy están siendo reocupadas en medio de grandes luchas llevadas a cabo por sus legítimos propietarios: los indígenas Mapuche.

También se han dado acciones directas consistentes en el arrancado de los árboles plantados, la destrucción de viveros, la destrucción de maquinaria forestal, el corte de carreteras y una serie de acciones similares llevadas a cabo por las poblaciones locales. Esto a su vez deriva normalmente en acciones a nivel más regional y nacional en el plano político. Se empiezan a establecer alianzas entre las poblaciones locales y otras organizaciones que se acercan a ellos para ofrecerles su apoyo; se producen alianzas con otras poblaciones afectadas, con ONG ambientalistas, con organizaciones campesinas, con sindicatos, en muchos casos con la iglesia, con algunos sectores parlamentarios y todas esas alianzas se enmarcan en una política de resistencia para buscar soluciones. Entonces esto comienza a traducirse en la generación de conciencia. La experiencia de la población local se empieza a ver reflejada a través de estos apoyos en la prensa, en publicaciones, en la radio, en televisión. Se empieza a modificar la situación y eso lleva a su vez a presiones a nivel de gobierno, por ejemplo para modificar la legislación vigente. Porque una de las características centrales de este modelo en la mayor parte de los países es que está subsidiado, es decir, que los gobiernos canalizan subsidios a las empresas plantadoras. Y ese subsidio proviene de los bolsillos de quienes pagan los impuestos: de la gente. Entonces empieza a haber presiones a nivel de gobierno para modificar la legislación favorable a las plantaciones por una más restrictiva para evitar que sigan extendiéndose y a su vez empiezan a surgir, dentro de estos procesos de resistencia, planteos alternativos de desarrollo. Por ejemplo, modelos que posibiliten la plantación de otros tipos de árboles, como los frutales, o combinaciones de frutales con maderables que se integren al tipo de explotación agropecuaria deseada por los campesinos, o manejo de bosques secundarios para posibilitar su rehabilitación.

Esto se da en el lado de la resistencia, pero del otro lado también se dan procesos que hay que tener en cuenta. Las empresas plantadoras también adoptan medidas. Adoptan por un lado medidas preventivas y la principal es una publicidad engañosa, que lamentablemente cuenta con un gran apoyo de la comunidad científica y en particular de la comunidad académica forestal. Por eso al Movimiento Mun-

dial por los Bosques Tropicales le pareció tan importante editar una publicación titulada «Diez respuestas a diez mentiras», en la que se desenmascaran los diez argumentos principales que utilizan las empresas en todo el mundo, — tanto en Uruguay como en Sudáfrica, en la India o en Tailandia—, para intentar convencer a la gente que las plantaciones no tienen ningún impacto negativo y que en caso de tenerlos se los puede mitigar fácilmente a través de métodos de manejo adecuados. Esta propaganda constituye la principal medida preventiva y en ella gastan millones de dólares en publicidad, contratando empresas especializadas en relaciones públicas para lograr el apoyo de la población a nivel local, a nivel nacional y en particular a nivel internacional, para que este modelo sea visto con buenos ojos. Los apoyos a nivel local lo buscan sobre todo dando algunos beneficios, edificando una escuela por ejemplo, o un centro de salud, o llevando la luz a determinada zona. Con eso pretenden ganarse a la gente local o por lo menos neutralizarla. Pero el mayor apoyo lo logran generalmente a otro nivel. Financian, por ejemplo, a organizaciones ambientalistas de tipo conservacionista, que empiezan a recibir importantes sumas de dinero para llevar a cabo estudios o para hacer plantaciones pequeñas — dentro de estos predios gigantescos— de especies nativas o para hacer un estudio de determinadas especies de fauna, etc. Empiezan a cooptar a una serie de organizaciones ambientalistas, a dividir el movimiento ambientalista en dos: quienes apoyan a la empresa y quienes se oponen a la misma.

Y a su vez a nivel de estado — en particular, aunque no exclusivamente a nivel municipal— estas empresas son muchas veces quienes financian las campañas de los políticos, con lo que logran luego tener concejales, gobernadores y parlamentarios a su servicio.

Como todo en la vida, la resistencia a veces triunfa y a veces no. Pero es importante señalar que han habido triunfos importantes, como en el caso de Tailandia, en el que la empresa Shell, que con su enorme poder quiso hacer un proyecto de plantación, desencadenó tanta resistencia que finalmente desistió de llevar a cabo el proyecto. Otra empresa, también en Tailandia, acordó recientemente eliminar sus plantaciones como resultado de la oposición local. El caso de Hawai es bien interesante, puesto que la oposición local logró frenar un proyecto de plantación de eucalipto antes de que se llegara a iniciar. En la India, prácticamente se dejó de plantar después de las grandes luchas de los ochenta. Sin embargo, es importante señalar que incluso en estos tres países — Tailandia, Hawai, India— se sigue insistiendo todavía con planes de volver a hacer plantaciones de eucaliptos y pinos, por lo que la gente debe mantenerse vigilante.

Pero si se mira a nivel global, se ve claramente que en los últimos años han habido cambios significativos. Si bien se sigue plantando, se hace cada vez más en medio de una creciente oposición; a diferencia de lo que ocurría anteriormente, cuando la actividad de «plantar bosques» de eucaliptos o pinos era casi unánimemente visto como algo positivo. Ahora es cada vez más percibido como algo negativo, que no sirve para el desarrollo y que impacta sobre la gente y sobre el ambiente. A esta situación se ha llegado, por un lado, por la experiencia sufrida por la gente que habita en la zona, por los afectados por las plantaciones y su resistencia y por otro lado por la creciente conciencia y conocimiento sobre el tema. En esto último las ONG ambientalistas han jugado un papel muy importante, constituyéndose en unos de los pocos actores que han señalado los impactos y se han opuesto a este modelo en muchos países del mundo.

Dado que estas plantaciones se hacen en el Sur, es fundamental que las ONG del Norte a su vez generen conciencia y oposición en sus propios países, donde a la gente le resulta mucho más difícil

entender esto. Las ONG del Norte pueden cumplir allí un papel central aportando elementos para contrarrestar la publicidad engañosa difundida por las empresas. Cuando éstas publicitan que las plantaciones son buenas para el medio ambiente; las ONG pueden informar que donde están plantando no es así, que son malas, que están haciendo un daño enorme al ambiente y un daño enorme a la gente que allí habita. A su vez, las ONG del Sur deben incrementar sus esfuerzos contra este modelo, que es social y ambientalmente insustentable.

Para finalizar con una nota un poco más positiva, quiero señalar que no solamente es posible plantar árboles, sino que es necesario plantarlos. Lo que hay que oponerse es a este modelo, que es social y ambientalmente insustentable y no a la actividad de plantar árboles. Existen ya muchos modelos en los cuales se plantan árboles que sirven a la gente, que sirven al ambiente y que sirven para reconstituir bosques. Las especies utilizadas no tienen por que ser todas necesariamente nativas, sino que pueden haber especies exóticas que sirvan para las producciones locales y los criterios tienen que ser éstos: que la plantación de árboles sirva a la gente local, que sea hecha porque la gente local lo quiere hacer — que no sean modelos impuestos— y que beneficien al medio ambiente. Si cumplen con esas tres funciones, las plantaciones de árboles serán positivas y las apoyaremos. Si no las cumplen, seguiremos combatiéndolas.



EDUARD MASJUAN

LA ECOLOGÍA HUMANA EN EL ANARQUISMO IBÉRICO

URBANISMO «ORGÁNICO» O ECOLÓGICO,
NEOMALTHUSIANISMO Y NATURISMO SOCIAL

ISBN 84-7426-464-2

504 pp

PVP 3.100

Icaria  Antrazyt - ECOLOGÍA

La preocupación de los anarquistas ibéricos por el balance entre la población y los recursos naturales nos muestra, desde una perspectiva histórica, cómo las clases populares son capaces, autónomamente, de adoptar sus propias estrategias frente al proceso de expansión y las proclamas pronatalistas institucionales, sin la tutela de los poderes económicos y de los gobiernos.

El autor, doctor en Historia por la Universidad Autónoma de Barcelona, ofrece una explicación causal, desde 1860 hasta 1937, del movimiento por la consecución de la Ciudad Jardín, de la procreación obrera limitada y de la aparición de una nueva escala de valores humanos a partir de una nueva existencia humana basada en el naturismo. Para ello analiza el contexto político, religioso y demográfico de la España de este período, así como de las actividades de esos movimientos impulsados por los anarquistas y algún personaje de excepción como Cebríà de Montoliu. Este libro nos revela la existencia de las raíces históricas del ecologismo popular, el alto grado de percepción y lucha ecológica del movimiento obrero anarquista frente a los desequilibrios ecológicos e injusticias sociales originados por el liberalismo económico.